

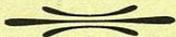
una flecha silbó en el aire, y luego otra, y otra. Y de pronto, el tutulxiú cayó sin vida, el pecho atravesado por el dardo certero! . . .

Y cuando los guerreros en confuso tropel llegaron, el cadáver de Topchac, caliente todavía, estrechaba entre sus brazos el de Nouich; y el mismo dardo que atravesara el corazón del príncipe tutulxiú, partió también el de la bella itzá, la que amó por vez primera, la hija de los bosques, que habitaba bajo los altos ceibos . . . Y los dos cuerpos no se pudieron separar y así fueron arrojados al cenote, para aplacar la ira de los dioses indignados.

Y los pajarillos de la cabaña en vano cantan en las ramas del *copó*: “¡Nouich, Nouich!” porque Nouich no volverá nunca, nunca!

Y en vano las flores esperan la vuelta de su hermana, porque Nouich mora ya en tierras más felices, donde el amor es puro y donde no existen las crueldades y las miserias de la tierra . . .

Y esta leyenda la susurra el viento al pasar por entre el frondoso ramaje del *yaxché*, allá, en la cabaña de los altos ceibos . . .



La caverna del tigre negro.

I.

Cuiyam era el Rey de Uxmal; y linda como un capullo recién abierto y juguetona como la brisa de la mañana, era *Miltoc*, la hija del rey. Y era bella, muy bella. Mas desgraciado del que caía al poder de sus miradas, porque, coqueta y falaz como una mariposa, se gozaba en el tormento de los corazones. Y muchos hombres habían sucumbido al fulgor de sus ojos; pero ella los había despreciado después de hacerlos sufrir horriblemente. Y una tarde dijo á la vieja *Xnacac*, que la había cuidado desde pequeña:—Oye *Xnacac*: en la tierra todo pasa, todo se acaba, pasa también la juventud y con ella la belleza. ¿Verdad? Dime: ¿no se podrá ser siempre bella?

—*Miltoc*, contestó la vieja, ¿es que quieres poseer el talismán de la belleza? ¿Es que quieres ser la dueña de la serpiente verde de dos cabezas, del *Yaaxcan* maravilloso? Pues bien, en la caverna del *Ek-balam*, en la cueva del Tigre

Negro, está la serpiente que da la eterna juventud, la perenne belleza. Pero es difícil empresa poseerla, porque para ello hay que vencer al tigre y nadie entre los guerreros de Uxmal será capaz de de ello, excepto uno: *Tok*, el cazador de ciervos, el que te ha dado su corazón!

II.

Bravo guerrero, de diestro brazo y corazón valiente, era *Tok*, el cazador de ciervos, el que se había prendado de la hija del rey. Y sufría mucho, porque sabía que su amor era imposible y amaba sin esperanza; pero amaba también mucho. Y aquella mañana, empuñó su arco y partió á la caza. Y caminando *Tok*, cantaba:

“*Miltoc*, tú eres bella como la luna llena, como el lucero de la mañana. Por tí me lanzaré animoso á la pelea y mis mejores trofeos de caza serán para tí. Las más lindas flores se cierran á tu paso, porque tú eres, *Miltoc*, más bella que las flores más hermosas. Cuando pronuncio tu nombre, se siente más vigoroso mi brazo, y mi corazón se llena de bravura cuando pienso en tí. Porque eres bella, *Miltoc*, como la luna llena, como el lucero de la mañana. Pero eres más cruel que hermosa, porque no oyes la voz del que te ama, porque eres sorda al amor del guerrero que te consagra su corazón. Y sin embargo, por tí afrontarías la misma

muerte y despreciaría todos los peligros por tu amor.”

—¿Sí? dijo una voz á sus espaldas.

Y *Tok* se volvió y un temblor nervioso recorrió todos sus miembros. Creía estar soñando y sus labios no articularon palabra alguna. Allí, delante de él, estaba *Miltoc*, la veleidosa, la que destrozaba su corazón con sus desdenes. Y lo miraba tan dulcemente!

—¿De veras? repitió aquella voz que hacía vibrar las fibras de los corazones. ¿Arrostrarías por mí todos los peligros? ¿No temerías la muerte?

—Ni una muerte ni ciento me ardrán si se trata del menor deseo tuyo, pues sabes que soy tu esclavo, y si mi muerte te diera algún placer moriría con gusto por complacerte, pues mi voluntad es la tuya.

—Entonces, repuso *Miltoc*, llega si eres capaz, hasta la caverna del Tigre Negro y tráeme el *Yaxcan* maravilloso, la serpiente verde de dos cabezas, y entonces tuya será mi mano, y habrás ganado mi corazón. Y desapareció entre los árboles del bosque.

III.

¿Qué quieres, joven?—dijo *Letchac* el *H Men*, el adivino, al ver llegar á la puerta de su choza la gallarda figura de *Tok*, el cazador de ciervos.—Anciano, contestó éste, vengo á consultar tu gran

saber, vengo á interrogarte. Tú que conoces los secretos del porvenir, que predices la suerte de los hombres, que ves á través de las paredes y de las distancias, que eres mago, adivino, sabio, dime, ¿sabes dónde se encuentra la caverna del Tigre Negro, en donde está la serpiente verde de dos cabezas, el *Yaaxcan* portentoso? Mancebo, dijo *Letchac*, mi ciencia es muy grande y no hay lugar desconocido para mí. Pero, dime, ¿qué intentas? ¿qué vas á buscar allá? Acaso pretendes vencer al tigre? ¿Por ventura deseas poseer la milagrosa serpiente? ¡Ay de tí entonces! ¿No sabes que muchos han perecido en la demanda, sin que se haya vuelto á saber de ellos jamás?

—Oye, anciano, dijo *Tok*—¿qué puedo temer yo si en mis brazos he extrangulado los tigres más feroces de la selva y si á los golpes de mi lanza han caído los jabalíes más fieros? Yo venceré al tigre y mía será la serpiente de dos cabezas. Enséñame el camino y partiré para la cueva del *Ek-balam*.

—Inexperto joven, ¿quieres la muerte antes de tiempo? El camino es largo y difícil y está lleno de peligros. Sé que tu brazo es fuerte como la madera del *chimay* y que tu corazón es valiente y osado; pero de nada te han de servir tu empuje ni tu brío, contra el Tigre Negro que tiene la fuerza de diez hombres y que te derribará al primer golpe. Pero, dime, ¿es el amor el que te guía? ¿Vas impulsado por

alguna pasión pura? Entonces vé, porque los dioses protegen al que ama con pureza y sencillez.

—Sí, dijo *Tok*, voy para conquistar la serpiente verde, el *Yaaxcan* que da la juventud, para que adorne la cintura de *Miltoc*, y sea mío su corazón. Entonces, dijo *Letchac*, dirígete hacia el Poniente y atraviesa aquellas eminencias tras las cuales se oculta el sol. Al otro lado encontrarás la senda que va á la cueva del *Ek-balam*. Y antes de llegar pasarás tres lagunas y el camino estará lleno de fieras. Mas no desmayes y sigue hasta el fin. La boca de la cueva está á la sombra de un inmenso álamo, y es negra y profunda como un pozo. Parte pues y si caminas sin descanso, antes del anochecer del día tercero podrás llegar á la caverna del *Ek-balam*."

Y *Tok* partió.

IV.

Pat-kin, se llamaba un cortesano que habló de amor á *Miltoc* y corrió la suerte de todos. Pero era de sentimientos bajos y cobardes y en su pecho anidaban la envidia y las pasiones rastreras. Era noble de nacimiento, pero no de corazón: jamás en las batallas se le vió en la primera fila ni sobresalió nunca por su valor en la caza.

La envidia se despertó en su corazón cuando supo que *Miltoc* había ofre-

cido su mano á *Tok* si le traía la serpiente de la caverna del tigre. Y juró que si *Miltoç* no sería suya tampoco sería del cazador de ciervos. Y al día siguiente desapareció de la corte.

V.

Tok caminaba sin parar. Y tres veces siguió el sol en su carrera, y al salir el astro, *Tok* le ofrecía codornices, para que le favoreciera en su empresa. Pasó las tres lagunas y las fieras del camino no le hicieron mal alguno. Y á la tercera noche llegó á la entrada de la cueva. Esta se abría baja la copa de un álamo gigantesco y era negra, oscura, y sus paredes estaban cortadas á pico. *Tok* ató al tronco del árbol una cuerda de piel de venado y sin vacilar se descolgó por ella, hasta que al fin sus pies tocaron el fondo. Encendió una tea y se adelantó sin temor por las oscuras galerías. Brillaban millares de estalactitas á la luz de la tea del cazador como si fuesen de piedras preciosas; *Tok* estaba admirado y seguía internándose por el laberinto de columnas que abría delante de él, cuando de pronto un espantoso rugido hizo temblar la bóveda, pero no el corazón del guerrero maya. Y á este rugido siguieron otros y otros y la caverna se estremecía como si la tierra temblase. Y ante los ojos de *Tok*, apareció de repente con toda su salvaje hermosura, la manchada piel del

Tigre Negro. De un salto se lanzó sobre él. La fiera se revolvió furiosa contra el guerrero y entonces la tea cayó de las manos de éste y todo quedó en tinieblas.

VI.

Tok volvió en sí y miró á su alrededor. La luz del día entraba por arriba de la cueva, iluminando el hermoso cuerpo del tigre, que con la cabeza partida de un hachazo yacía al lado del cazador. Y la mano derecha de éste apretaba el reluciente cuerpo de una serpiente color de esmeralda que agitaba sus dos cabezas. *Tok* se levantó y apenas pudo tenerse en pie.

De su brazo derecho manaba sangre en abundancia manchando todo su cuerpo. Sacó de su morral unas yerbas, las aplicó á la herida y luego aproximó á sus labios el *h-chú* lleno de agua. Entonces respiró lleno de satisfacción y una alegría sin límites inundó su alma cuando se dió cuenta de sí mismo. ¡ Por fin iba á ser dueño de *Miltoç*, iba á realizar su sueño más hermoso ! Desolló al tigre y la preciosa piel negra y blanca colgaba al poco rato de sus hombros.

Y emprendió la marcha. ¡ Qué feliz era *Tok* ! Por fin poseía la serpiente maravillosa, el *Yaaxcán* que iba á darle la felicidad ! Y llegó á la boca de la caverna. Ató á su cintura la serpiente y subió

por la misma cuerda porque había bajado.

VII.

Apenas *Tok* había dado algunos pasos fuera de la cueva, cuando, exhalando un grito, cayó en tierra, herido por detrás de tremenda lanzada. Y volvióse. Y con sus ojos turbios ya con la opacidad de la muerte, vió delante de sí á *Pat-kín*, que lívido de coraje, le decía: “¿Lograste por fin vencer al tigre, verdad? Es tuya la serpiente! Pero no se la llevarás á *Miltoc*, porque para eso te he seguido!

—¡Cobarde, gritó *Tok*, ya en las convulsiones de la agonía, ¡cobarde! ¡Prentendes robármela y por eso me has asesinado! ¡Maldígante los dioses! Pero jamás *Miltoc* recibirá de tu mano el talismán, hombre infame, más vil que la inmunda lagartija! Porque maldito serás del cielo y tu nombre será el oprobio de los mayas!

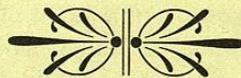
Y *Tok* espiró bañado en su sangre, mientras *Pat-kín*, lanzando una carcajada, arrancó la serpiente de su cintura y desapareció en la espesura del bosque.

.....
Pero nunca llegó á Uxmal porque la maldición de *Tok* había caído sobre su frente. Y *Let-Chac*, el adivino, el más anciano de los *H Menes* de la ciudad, dijo á los mayas que en castigo de su perfidia se había convertido en lechuza, el ave mensajera de la muerte, la siniestra

precursora de la fatalidad. Y *Miltoc* no obtuvo el talismán y murió de pena, escuchando el lúgubre graznido del ave maldita que por espacio de tres noches, vino á posarse en los árboles que rodeaban su morada . . .

Y desde entonces en las ramas del álamo que cubre la boca de la caverna del Tigre Negro, un *tzutzuy*, una paloma gris, deja oír por las tardes su quejumbroso canto.

Y los viejos de Uxmal, al contar á sus hijos esta leyenda, les decían que era el alma de *Miltoc*, que lloraba la pérdida del talismán precioso, del *Yaaxcan* de la caverna del Tigre Negro





LÁGRIMA DE FUEGO.

Para Ricardo Molina Hübbe.

I.

Murió *Zamná*, el profeta-dios de los itzaes, y por eso *Itzmal* se cubrió de luto, llorando la muerte de su patriarca, el sabio entre los sabios, que puso nombre á todas las cosas y enseñó á los itzaes las máximas sublimes de la virtud y del bien. De su boca escucharon desde remotos días los preceptos de la verdad y de él supieron que había un dios sobre todos, inmortal é incorpóreo, señor de los aires y de los espacios, de las aguas y de la tierra.

Practicaron siempre á las sombras de sus leyes una religión incruenta y dulce, y en las aras de sus dioses no corrió jamás la sangre humana.

Murió *Zamná* y su espíritu voló al cielo, dejando en herencia á los itzaes sus saludables enseñanzas y la fuente de la dicha en el ejercicio de la virtud. Pero faltó la vista del maestro á los ojos de la tribu, y el espíritu del mal se apoderó de

muchos corazones, arrancando de ellos la semilla del bien y sembrando los gérmenes de las pasiones impuras.

Y un día, muchos centenares de guerreros, de sacerdotes y de esclavos, dejaron los muros de Itzmal, buscando en los vírgenes bosques de la Península un sitio para edificar una ciudad y vivir libres del freno que á sus placeres y á su indolencia ponían los preceptos y las leyes del filósofo de sus padres, el gran Zamná, leyes de mansedumbre y de trabajo.

II.

La nueva ciudad se alzó de entre los añosos árboles de la selva, y entonces los itzaes, que abandonaron á sus hermanos fieles, pensaron en elegir un rey. Subió al trono un hombre de instintos perversos y de corazón corrompido, que dió rienda suelta á sus pasiones y autorizó con leyes criminales las de sus súbditos. Y así, en el recinto de aquella ciudad, flotó un ambiente viciado y poco á poco fueron descendiendo sus moradores al último grado de la abyección y del crimen. El trabajo, la ley de la vida, quedó sólo para la última clase, que gimió abrumada por la fatiga para dar de comer á sus indolentes amos, que de festín en festín y de orgía en orgía pasaban su miserable existencia. Así aquellos espíritus depravados se creyeron felices y sólo quisieron cada día más placeres. Pero poco

había de durar tanta infamia, porque antes de la segunda generación, los malos hijos de Zamná hicieron estallar con sus horrendos crímenes la ira de los dioses!

III.

El monarca de la ciudad de los apóstatas se llenó de soberbia y creyó haber consolidado el imperio del mal. Habían llegado ya al exceso de la corrupción aquellas gentes. Los antiguos dioses de su religión no se veían en los altares porque blasfemaron de ellos, y ahora quemaban copal en honor de dioses inmundos. Tampoco en los templos ardió el fuego sagrado, porque no hubo vírgenes que lo guardaran! ¡Desdichada nación!

El rey, digno autócrata de aquellos malvados, soñó un día que su memoria existiera siempre y que después de su muerte quedara todavía, imperecedero sobre la tierra, el recuerdo de sus obras.

Soñó, lleno de orgullo, ser lo mismo que Zamná, ser inmortal, ser dios . . . ! En un arranque de egoísmo quiso ser adorado en vida, y dijo á sus súbditos que pusiesen su estatua en los altares de los templos, pues el único dios era él. Obedecieron sus vasallos, y en la ciudad de todos los crímenes se cometió el último, adorando al monarca entre el humo del incienso que se quemaba á los dioses y ofreciendo sacrificios humanos ante sus

aras, porque la sangre gustaba al rey y era propicia á sus instintos . . . !

IV.

La tarde caía. Inmensas nubes negras se apiñaron en el cielo,—nubes negras como el mal, que vistieron la bóveda azul con el ropaje de la muerte—y en los ámbitos infinitos del espacio rugió el trueno, como la voz encolerizada de los dioses. La noche avanzaba envolviendo á la ciudad en una mortaja de tinieblas y con la noche llegó la borrasca. Pero los adoradores del espíritu del mal, encarnado en la persona del rey, no temblaron . . .

Y entonces el cielo, hastiado ya de tantos crímenes y de tantas maldades, se estremeció de tristeza y lloró . . .

Y una lágrima, una siniestra lágrima de fuego, descendió, cruzando los aires, y fué á caer en el seno de la ciudad maldita! . . .

V.

Al amanecer del otro día, el sol naciente iluminó una inmensa laguna en el sitio donde antes se alzara altiva la ciudad que levantó la soberbia de los hombres . . . Allí está la laguna, triste, silenciosa. En sus riberas no cantan las aves ni la brisa susurra entre las cañas de los márgenes. La savia de los árboles que crecen cerca

de allí, tiene el color de la sangre y sus frutos son amargos como la hiel.

Y entre el fango de las orillas se arrastran las serpientes más venenosas . . . Por eso, cuando algún cazador extraviado llega por esos rumbos, se aparta lleno de horror á la vista de la laguna que envuelve con sus impuras aguas los restos de la ciudad del mal . . .

Y desde entonces la llamaron *Yok-ká-ek*, (1) *estrella sobre el agua*.

* * *

Así refieren los indios ancianos, conocedores de consejas, la historia de una misteriosa laguna que existe sepultada en el fondo de los bosques, entre Izamal y Valladolid.

(1) Relación del Cabildo de Valladolid á S. M. Cap. VIII.